

# Una ambición en el desierto

Albert Cossery

## I

FUE MIENTRAS HACÍA EL amor con Gawhara, una muchacha de apenas quince años pero dotada de una sensualidad prodigiosa, cuando Samantar consideró oportuno aclarar el misterio de los atentados con bomba que se sucedían desde algún tiempo en la ciudad y cuyos estremecedores estallidos provocaban los sarcasmos de una población ávida de festividades, aunque fuesen mortíferas. En un principio, aquellas detonaciones descabelladas prácticamente no lo habían inquietado; en todos los climas siempre había gente a la que le repugnaba la paz y que alimentaba hondas esperanzas de revuelta. No les había prestado especial atención, y contó con el hastío inherente a toda forma de labor para que cesara esa manifestación de violencia tan inútil como irrisoria. Sin embargo, a despecho de ese razonamiento universalmente admitido, los atentados continuaron, y a un ritmo mucho más intenso, como si los instigadores de aquella parodia revolucionaria dispusieran de municiones inagotables. Hasta el momento aquellos artefactos de fabricación casera no habían causado ninguna víctima; solo habían destruido algunos edificios muy poco importantes, y era evidente que su empleo se inscribía en una táctica más emparentada con la provocación que con la tragedia. Samantar no tenía ninguna idea precisa sobre qué clase de revolucionarios serían capaces de promover una insurrección en un territorio exangüe y desértico, que en conjunto era de una pobreza indiscutible, y en el

que el reparto de la riqueza habría sido una farsa grotesca; aquello le parecía completamente aberrante. Sin duda, su natural indolencia y su repugnancia a dedicarse a asuntos mundanales lo habrían disuadido de oponerse a esa perniciosa tentativa de un puñado de sinvergüenzas, de no ser por que esas reiteradas explosiones corrían el riesgo de transformar en caos la maravillosa armonía de la que gozaba el emirato gracias a su subsuelo, desprovisto de cualquier clase de recursos petroleros, bendita aridez que había alejado a los chacales de las empresas internacionales, siempre al acecho de rapiñas planetarias. Dado que nadie, ni siquiera seres de un retraso mental supino, podía ignorar la realidad de la situación, era obvio que ese terrorismo de pacotilla no era en absoluto la expresión exasperada de una reivindicación social, sino una maniobra inscrita en la trama de un extraño y nebuloso complot.

Samantar se apartó bruscamente de su amante y, colocándose boca arriba, empezó a rebuscar en su memoria a ciertos personajes a los que conocía personalmente, víctimas de un idealismo irreflexivo, que habrían podido, ya fuese por inadvertencia o por diversión, colaborar con esta estúpida irrupción de violencia. La joven, desconcertada, se mantuvo un instante a la expectativa, con las carnes abiertas, y luego aflojó las piernas mientras lanzaba un suspiro de insatisfacción que Samantar sintió como un reproche del que procuró hacer caso omiso.

Aquí, en Dofa, capital del emirato, era inconcebible que se hubiera constituido un movimiento subversivo a sus espaldas sin que al menos hubiera sabido algo de él a través de algún indicio precursor. En tanto lúcido observador, y dado que disfrutaba de un ocio constante, estaba en condiciones de recopilar todos los rumores propagados por una población eminentemente sociable, que no temía exponer sus secretos y sus querellas en los cafés y las plazas públicas. En ese entorno en el que la imaginación discernía y magnificaba inmediatamente hasta el menor incidente

de apariencia un tanto turbia, la más fugaz aparición de un rostro un poquito sospechoso, una organización delictiva —por más que se dotara de todas las precauciones precisas— no tenía posibilidad alguna de pasar desapercibida. Pese a que en la ciudad vivían muchos individuos alérgicos a toda forma de gobierno, Samantar sabía que esos detractores irreductibles del orden establecido (al igual que él mismo) habían renunciado desde hacía mucho tiempo a toda acción violenta por considerarla inadecuada en aquel oasis, sin duda miserable, pero en el que debido a esa misma miseria reinaba una paz soberana. Pues allí donde no hay nada, hasta los malvados se resignan a la indigencia. No obstante, si bien era fácil prever los límites de la perversidad de unos hombres que vivían en un país económicamente anémico, no se podía olvidar su aptitud para superarse en la abyección cuando contaban con el sostén y el asesoramiento de malvados de mayor envergadura procedentes del exterior, y resultaba tentador imputar la decisión de perturbar esa calma edénica a una banda de provocadores locales que se beneficiaba de la ayuda material y la connivencia de una potencia extranjera. Esta conclusión apresurada no le gustó mucho a Samantar, porque evocaba un esquema clásico invocado demasiado a menudo, y suponía unos intereses considerables, inexistentes en esa parte de la península. Desde que había comprobado que su subsuelo no contenía la menor gota de petróleo, la gran potencia imperialista que ejercía su influencia política sobre todos los Estados del golfo no se interesaba apenas por el emirato. ¿Qué pretendía entonces semejante provocación? Samantar estaba convencido de que la pobreza era la única salvaguardia de un país contra los depredadores, armados o no, que no esperaban más que la promesa de beneficios para lanzarse a su conquista, descuartizarlo y dejarlo pudrirse. Y daba gracias al cielo por haber nacido en una tierra desértica, desprovista de cualquier clase de materias primas raras y lo bastante repelente para desalentar a los espíritus mercantiles.

Lo más asombroso de aquel asunto era que los atentados los reivindicaba una sedicente Fuerza de Liberación del Golfo de reputación totalmente desconocida, cuyas octavillas, mal impresas y al parecer redactadas por ignorantes, exhibían con orgullo un vocabulario revolucionario superado desde hacía mucho y que delataba a todas luces el laborioso ardor de unos neófitos demasiado bien pagados por hacer dicha tarea. De no ser porque esas maquinaciones tan ineptas presagiaban desastres de gran magnitud para el emirato, la lectura de esa prosa vengadora lo habría hecho reír (y Samantar era muy dado a desternillarse ante la estupidez humana, insondable y multiforme). La jactancia pueril de aquellas octavillas denotaba que sus autores tenían un profundo desconocimiento de la localidad geográfica en la que llevaban a cabo sus hazañas, como si hubiesen cotejado para la ocasión manuales revolucionarios de una época y de un país imaginarios. Ni la importancia del territorio ni la coyuntura política de la región se prestaban a semejantes extravagancias. Aquel pedazo de desierto, que hasta entonces había permanecido al margen de la brillante prosperidad de los emiratos vecinos, podía convertirse de un día para otro en un infierno, y el poder, feudal pero tolerante, transformarse en una sangrienta tiranía por culpa de aquellos maníacos presuntuosos, y por si fuera poco, analfabetos. Samantar los odiaba, sobre todo porque le obligaban a obrar de un modo contrario a sus costumbres y a sus aspiraciones más nobles. ¿Cómo contentarse con hacer el amor mientras se organizaba delante de sus narices una catástrofe de semejantes proporciones? No obstante, la inteligencia primaria, casi trivial, que presidía esa estrafalaria conspiración, lo confortaba, en la medida en que excluía que personas estimables que formaban parte de su entorno estuviesen de algún modo implicadas en ella. Pero aunque fuera tranquilizadora para sus ánimos, esa anodina satisfacción no dejaba de ser un tanto desmoralizadora; le condenaba a llevar a cabo su investigación en la posición de un ciego

que se aventura por una zona desconocida sembrada de trampas inconexas. Samantar se dio cuenta con amargura de que si quería ahorrar a esa parcela inmaculada de desierto las múltiples devastaciones que padecían inmensos continentes, tendría que dilapidar una energía destinada exclusivamente al placer, interrumpir el delicioso ritmo de una reflexión pacífica y someter su clarividencia a una ruda prueba. Sin embargo, ya se había hecho a la idea, pues aquella tarea le incumbía más que a ningún otro; lo que tenía que salvar era algo fabuloso, una concepción tan sencilla de la vida que la mayoría de los seres humanos era incapaz de entenderla.

Se produjo un momento de irritación debido a la jovencita, que había permanecido inmóvil, con los miembros paralizados en la actitud inmutable del rito carnal. Parecía estar sopesando unos goces patéticos y aguardando sus caricias como quien espera la muerte. Aquel cuerpo precoz de adolescente, tendido junto a él como un don precioso de la providencia y que habría querido amar eternamente, le impedía concentrarse en las misteriosas ramificaciones de un drama del que dependían su tranquilidad futura y la de su pueblo. Estaban acostados en un colchón colocado directamente encima del suelo embaldosado, y sus cuerpos desnudos y chorreantes de sudor relucían en la penumbra como restos de un naufragio expulsados por el mar. En la habitación de paredes blanqueadas se estancaban capas de aire tórrido que producían un calor embrutecedor que convertía en un acto demencial el menor movimiento que no fuese de amor. Dominando su letargo y la tristeza que le causaba abandonar a su amante, Samantar se puso en pie. Con el andar imprevisible de un sonámbulo, avanzó por la habitación, cogió una toalla y se la anudó en torno a los riñones, y luego, corriendo la cortina tras la que se ocultaba la puerta vidriera, salió a la terraza y a la fulminante luz del sol. Era una casa pequeña y de una sola planta —una vetusta construcción de piedra— situada en lo alto de una colina que se

